

Notas, Textos y Comentarios

Ancla de piedra como material de construcción en Ostia antigua

Uno de los sitios más sugestivos en los alrededores de Roma es Ostia antigua. Ciudad tranquila y silenciosa, densa en el paisaje abierto de la campiña romana, aflora entre el intenso verdor de los céspedes y, en los atardeceres de otoño, los tintes dorados de pinos y cipreses que dan matices de vida a la rojiza palidez de sus ruinas.

Esos restos deshechos tienen su elocuencia. Hablan en su mudez de la amplia cultura y elevada civilización de una raza imperial, de la que son huellas. Y siempre tienen algún secreto que confiar al que con amor escucha su silencio.

Dentro del perímetro de la gran ciudad queda mucho por excavar. Dunas arenosas y montones informes de macerías, recubiertos de gramineas y plantas aromáticas, ¡qué de trazados caprichosos no celan o de tesoros artísticos no encierran! E incluso lo que está a la luz, limpio e intacto, dejado ruina con exquisito sentido arqueológico, ofrece a cada paso, a pesar de haber sido ampliamente estudiado, múltiples aspectos nuevos, que invitan a la investigación.

Según se entra en el recinto por la puerta romana, remate de la antigua «via ostiense», se alarga, recto y duro, el decumano máximo, avenida principal de la ciudad en ruinas. Antes de llegar por ella al teatro antiguo, que se abre impresionante sobre la plaza de las Corporaciones, tuerce a derecha la calle de los guardas o «vía dei vigili», llamada así por conducir al cuartel monumental, donde se alojaba un destacamento de las cohortes de Roma.

Este tramo de calle, breve y recogido, ofrece un interés especial. Bajo el empedrado negro, de bloques alisados e informes, han aparecido restos de edificios más antiguos, cuyos pavimentos intactos ofrecen juegos de ingenio y de arte en la taracea blanca y negra del mosaico. Una habitación de éstas, atravesada por el resto de vía superior, deja ver todavía en su obra musiva cabezas viriles y femeninas y diversas figuras, que son símbolos de los cuatro vientos y de las cuatro provincias comerciales romanas: Africa, Egipto, Sicilia y, coronada de olivo, la fructífera Hispania. (Fig. 1.)

Sobre este punto, a izquierda según se mire hacia el inmediato cuartel de la guardia ciudadana y antes de un pequeño vóculo transversal, surge la pared alta de la Palestra y las Termas, construída con ladrillos rojos, conforme al uso corriente en Ostia antigua.

Añadido extrañamente a ese lienzo de pared y por las trazas muy posterior a él, dado el escaso arte de la obra de ladrillería que está al descubierto por la caída del estuco o encalado, queda un cuerpo arquitectónico rudimentario, en forma de pieza cuadrada y prominente. Integran el material empleado en su alzado, ladrillos y bloques de cantería, dispuestos estos últimos con cierto gusto artístico. Porque hacia la mitad de la altura del muro cortan la monotonía de lo rojo unas piedras blancas, cuidadosamente labradas, estrechas y alargadas, parecidas al bordillo que forma el encintado de una acera, y en medio de ellas se alza otra, blanca también y dura, de forma semi-circular en un extremo, y en él un agujero redondo, bien labrado, que la atraviesa de parte a parte. (Fig. 2.)

El significado de esas piedras aplanadas y gruesas, no privadas de pesadez, cuidadosamente talladas, redondeadas por un extremo y con un agujero diestramente elaborado en él, que aparecen no raras veces en sitios de ambiente fluvial, lacustre o marino, me había parecido siempre un misterio. Excluída la hipótesis de un intento de ornamentación, que no tendría sentido ni por su forma, ni por su estilo, ni por el sitio donde se hallan, había forzosamente que concluir que eran elementos de desecho, aprovechados para nuevas construcciones.

¿De dónde habían sido sacadas esas piedras, y qué uso habían tenido, antes de cumplir con el oficio de material de sostén o armazón arquitectónico?

No satisfacía el pensar que habían sido cipos o mojones o topes miliarios, o bien estelas votivas o conmemorativas, pues todas ellas, por la forma y el tamaño, distan mucho de coincidir con esos bloques perforados.

Una reciente visita al museo arqueológico de Alejandría (Egipto) me ha sugerido una solución plausible. Se ven allí, en el admirable fondo de objetos romanos, unas *anclas* rudimentarias de piedra, que tienen las mismas características. Un bloque grande y aplanado, de espesor relativamente exiguo, de perfil campaniforme, circular o en cono truncado, que está atravesado de parte a parte en su lado redondeado por un agujero cuidadosamente elaborado. Son anclas perfectas, en su sencillez. El agujero, a modo de arganeo, permitía entalar el chicote anclero de la nave. El peso del bloque era suficiente para asegurar en aguas tranquilas el poco calado de los navíos de aquel tiempo.

No hace falta más. Esa piedra de la «calle de los guardas» en Ostia antigua sería, pues, un ancla, empleada posteriormente como material de construcción.

Dadas las condiciones de tiempo y de lugar, no aparece imposibilidad alguna en tal afirmación.

Conocidos son los bellos mosaicos, cuyos restos afloran en el amplio cuadripórtico de la «plaza de las Corporaciones», que señalan el

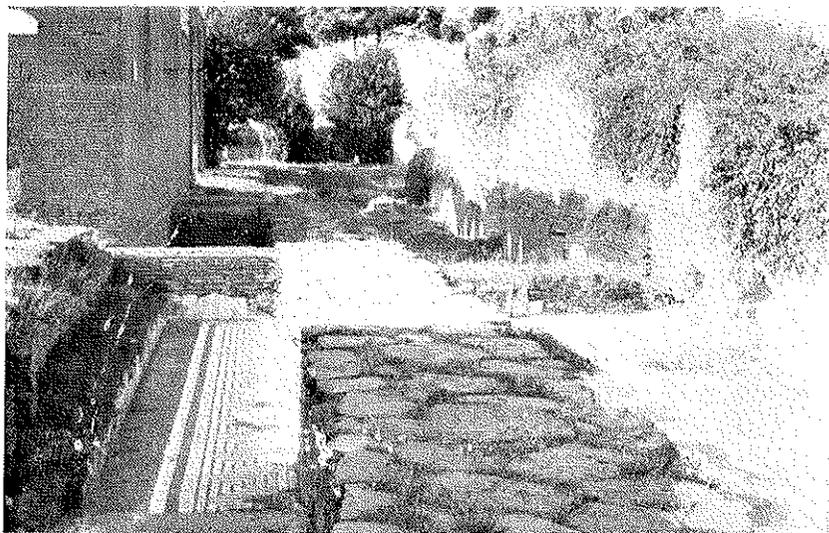


FIG. 1.—«Via dei vigili» en Ostia antigua. Al fondo, entre los árboles, empieza a izquierda la «via Fulónica». El edificio que a continuación se ve es el cuartel de la guardia ciudadana. En el ángulo visible que forman las dos paredes empieza la «via de la Palestra». En primer término a izquierda sigue la pequeña construcción anexa a la pared de la Palestra y las Termas. Obsérvese cómo la «calle de los guardas» se construyó sobre las ruinas de antiguos edificios. A derecha en primer término el mosaico que representa las cuatro provincias comerciales romanas.



FIG. 2.—Ostia antigua (Roma). Ancla de piedra usada como material de construcción.



FIG. 3.—Biblos (Líbano). Estelas votivas.

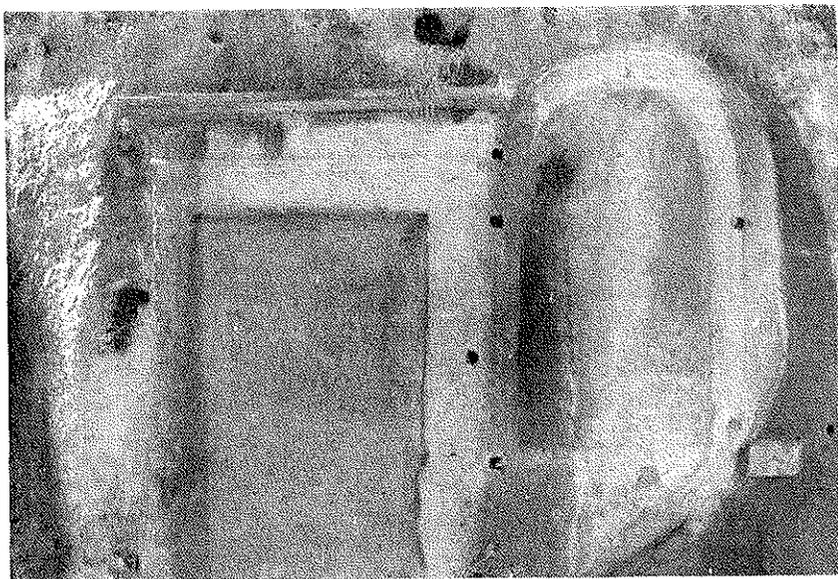


FIG. 4.—Nahr el Kelb (Líbano). Estelas conmemorativas.

sitio de los distintos armadores y representantes comerciales de la Ostia marinera. Aparecen entidades de enlace con Cartago, la Narbonense, Cállari, Alejandría. Y en algún dibujo han quedado esquemáticas las mismas naves, más parecidas a un diminuto bergantín de cabotaje que a cualquiera de los más sencillos de nuestros barcos de carga.

Por otra parte sabemos que es propio de todas las civilizaciones y de todas las épocas emplear materiales desaprovechados para nuevas construcciones. En Ostia misma, baste un ejemplo entre ciento, en el patio o impluvio de la «casa de los peces», se usó como material de reparación de un pavimento burdo una pequeña lápida de mármol, que vindica la propiedad como monumento funerario de unos palmos de terreno que corrían a lo largo de la carretera y se adentraban hacia el campo, para el poseedor, su mujer y sus hijos, sus libertos y libertas y sus sucesores. Muy en otro sitio habría estado inicialmente aquel trozo de mármol.

Más aún. En la misma Ostia antigua, hacia la parte del cardo máximo, vi otra ancla de piedra de parecidas características, que había sido empleada como parte central de una fuente urbana y cuyo agujero había servido para verter el chorro del agua encanalada. Con el tiempo las sales disueltas en el líquido habían corroído la piedra calcárea y habían dejado un ancho surco suave en la parte inferior del arganeo.

Parece, pues, que puede afirmarse con certeza que la piedra perforada de la pequeña construcción aneja a la Palestra en la vía de los guardas en Ostia antigua es un ancla desaprovechada de los barcos del Tíber.

Confirma este punto de vista un caso idéntico que tuve ocasión de examinar recientemente.

Se están realizando importantes excavaciones en Beit-Yerah, área extensísima de unas veintidós hectáreas, situada en el límite suroeste de la costa del lago de Tiberíades, entre la Kinnéret marina y el Jordán, allí donde éste tuerce su curso hacia occidente para proseguir su camino hacia la fosa del mar Muerto. En ese espacio, de defensa natural inmejorable, estuvo probablemente emplazada la Sénabris romana, y ciertamente, a juzgar por los restos encontrados hasta ahora, entre otras, una floreciente ciudad de la época del bronce, de construcciones perfectas, perímetro vastísimo y fortificaciones potentes. En un trecho de muralla antigua se da un caso de resolución arquitectónica parecido al de la construcción de Ostia. Una gran piedra de basalto negro, redondeada por un extremo, con el característico agujero circular que la atraviesa de parte a parte, refuerza sensiblemente una pared de adobes tenues, ahora casi pulverizados, dispuestos alternativamente según tonos amarillentos y rojizos.

No parece pueda haber sido una estela esa piedra de basalto, pues

las fuertes discrepancias de forma y tamaño arguyen un uso y fin distintos.

Las estelas votivas suelen ser altas, delgadas y de formas rectangulares, y se encuentran fuertemente empotradas en el suelo o llevan la señal de haberlo sido. Véanse, como ejemplo, las que se hallan junto a los templos de Biblos. (Fig. 3.)

Las estelas conmemorativas, como la conocida del rey de Moab o las de Nahr el Kelb, en el Líbano (fig. 4), son anchas, altas y muy gruesas y llevan casi siempre inscripciones o trazas de ellas, circunstancias que no convienen a las piedras perforadas.

Se trata, pues, sencillamente, en ese caso de Beit-Yerah, como en el caso de Ostia, de un ancla de piedra, empleada posteriormente como material de construcción, procedente aquí de las naves del lago de Tiberiades o del Jordán¹.

Según esta explicación tendrá que intepretarse también como ancla de las naves del lago una piedra de características idénticas, que se halla en las ruinas de Corozáin. Entre los impresionantes montones de basalto negro, suavizados en aquella época por el oro intenso de una exuberante cosecha salvaje, vi una piedra redondeada y perforada, pero además con dos marcadas estrías que corrían verticales y equidistantes a ambos lados. Estaba colocada no lejos de la llamada «cátedra de Moisés», sillón macizo de basalto negro, pesado como el hierro y sonoro como cristal, que mejor pudiera llamarse «cátedra de Ben Ismael», según reza la primera de las cuatro líneas escritas en grandes caracteres hebreos, esculpidos en la parte frontal de la base.

Dado el desmoronamiento y revoltijo de los componentes arquitectónicos de la sinagoga de Corazaín, parece más aceptable admitir que esa ancla, más que ofrenda votiva, hubiese sido parte en alguna manera de los mismos materiales de construcción.

La arqueología comparada puede ser fuente legítima de nuevos conocimientos.

¡Ojalá puedan servir esas conclusiones de contribución al estudio e interpretación de viejos y nuevos hallazgos!

SEBASTIÁN BARTINA, S. J.

* Roma, septiembre de 1953.

¹ Entre tanto, esperamos la publicación completa de los proficuos resultados de las excavaciones en Beit-Yerah, que han corrido a cargo de la «Israel Exploration Society», bajo la dirección del Sr. Bar-Adon, y, recientemente en una nueva sección, de la Universidad de Chicago, bajo la dirección del Sr. Pinhas Delougaz.

Quedo sumamente obligado a la cortesía de los Sres. Sim^{co}n Nachmani y Betsalel Rabani, por habernos atendido tan cumplidamente en nuestra visita a éste y a otros lugares arqueológicos. Asimismo, a las atenciones del Sr. Mauricio Dunand en nuestra visita a las magníficas excavaciones de Biblos.